

tillista tras el que aparece la doble fuga. Vincent d'Indy, que hizo un célebre análisis de esta partitura, señalaba como Beethoven combina los elementos de la fuga con aquella otra forma en la que fue el más consumado maestro: la variación. A partir de aquí entra la fuga propiamente dicha que es un formidable monumento a la coordinación de voces lineales independizadas, a la dispersión variativa de un tema que es férreamente idéntico y a una unidad conceptual de una música que es de lo más complejo, tanto en lo armónico como en la conducción de voces y en lo formal. Tanto, que mientras para Beethoven parece que era conceptualmente una única y enorme fuga, los análisis tradicionales la tratan como dos fugas, o una fuga doble, y modernamente se tiende a ver en ella hasta cuatro. Pero es de esta complejidad formal de donde nace su grandeza y expresión pues como señala acertadamente, aunque parezca que es de pasada, Ernesto de la Guardia, autor de uno de los análisis ya clásicos de los cuartetos beethovenianos, la expresión en Beethoven no es independiente de los aspectos formales y abstractos. Y en este sentido, la *Gran fuga* es uno de los ejemplos más concluyentes de música pura que se han escrito. Para Beethoven fue siempre una obra para cuarteto de cuerda e incluso para Artaria que como tal la publicó. Modernamente es frecuente que se interprete también con orquesta de cuerda cobrando algo más de cuerpo y reforzando los contrabajos algunos pasajes del violonchelo.

Wolfgang Amadeus Mozart. Concierto n.º 23 en la mayor, KV 488

A principio de marzo de 1786, mientras termina *Le nozze di Figaro* (Las bodas de Fígaro), Mozart concluye dos conciertos pianísticos muy diferentes, el que hoy se toca en la mayor que es el KV 488, y el en do menor, KV 491. El primero de ellos es una obra que se quiere apolínea y risueña, lo que no excluye algún acento educadamente doloroso tan típico de Mozart. También se pretende amplio y sonoro como lo demuestra su orquestación en la que hay una flauta, dos clarinetes —tan queridos por Mozart que aquí los hace sustituir a los oboes— dos fagotes y dos trompas además de la cuerda. Mozart renuncia a las trompetas y a los timbales buscando más la claridad amable que la solemnidad. La forma es muy clara y aparentemente sencilla, con lo que al público le resultó fácil de seguir, convirtiéndose pronto en una de las obras más apreciadas y tocadas de su autor. Incluso la tonalidad de la mayor tiene en el compositor siempre una connotación de música colorista, alegre y cálida.